

¿Por qué es azúcar más barato sin gusanos?

A pesar de las estadísticas del Colegio de Biólogos, en Costa Rica casi no hay biólogos. Por supuesto se habla de centenares de graduados, pero una vez que eliminamos a los ayudantes de laboratorio vitalicios, los vendedores ambulantes, los curanderos, los burócratas, las amas de casa, los guías turísticos, los meseros, los políticos y demás con título de biólogo, quedan muy pocos.

Son biólogos quienes investigan seriamente en este campo y publican sus resultados. Nada más. No quiero decir que quienes estudiaron biología pero se han dedicado a otras ocupaciones sean malos ciudadanos. Cada quien tiene su función en la sociedad, pero es erróneo que los contemos en un gremio tan necesario para el desarrollo sostenible del país.

En Contraste con la excusa no conseguí trabajo como biólogo, Rafael Lucas Rodríguez nos ha legado un elocuente relato de cómo el investigador verdadero puede trabajar ocho horas diarias en un escritorio, tan solo para ganarse el pan y tener la satisfacción de dedicar todo su tiempo libre a la investigación. De entre estos aficionados suelen salir algunos de los mejores científicos (Darwin y Wallace, por ejemplo, no eran biólogos profesionales).

Mientras escuchaba algunas ponencias del reciente Primer Congreso Nacional de Entomología, me dí cuenta de que a Rafael Lucas le faltó mencionar a quienes resultan investigadores de corazón, mientras ocupan puestos meramente técnicos. Además, en este congreso se desvirtuaron algunos mitos. En general, nuestros actuales biólogos (entomólogos en este caso) no son los tipos raros, de barba y mal presentados que el público cree, sino científicos serios muy preocupados por los problemas del país.

Se presentó casi medio centenar de trabajos, incluyendo algunos de investigadores casi desconocidos, pero prometedores. Una de las presentaciones (Francisco Badilla, DIECA) me llamó mucho la atención. Se trataba de un estudio sobre unas orugas que destruyen los tallos de la caña de azúcar.

En 1985, esa plaga causó nueve millones de colones en pérdidas en una sola finca, se logró establecer un proyecto de control biológico —dirigido a científicos costarricenses— usando un parasitoide que mata a las orugas, pero debido a la inversión inicial, luego del primer año hubo un balance todavía peor.

Afortunadamente se logró prevalecer sobre la mentalidad comercial y el control biológico continuó, con tanto éxito que en 1989 hubo un balance positivo de catorce millones de colones. Creo que este caso deberíamos restregarlo en las narices de quienes no creen en nuestros científicos y técnicos. Además, quedamos todos en deuda con los organizadores, Carlos Esquivel, Hernán Camacho y Francisco Badilla, y muy especialmente con el presidente del congreso, Daniel Briceño.